



EL PACTO DIVINO

IRENE CUEVAS

EL PACTO DIVINO

Primera edición: septiembre de 2026

©Irene Cuevas

©Portada: @Kalisdice.bookish

©Maquetación: Irene Cuevas

©Corrección: Alba Cayuelas

ISBN: 978-84-09-88982-2

DEPÓSITO LEGAL: MU 1073-2026

www.irenecuevasescritora.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Impreso en España / Printed in Spain



UNA VIEJA CANCIÓN



Con el fuego del Otro Lado
y las flores de lo mundano
nace un poder sin igual
del que no se puede escapar.

La Llave marca el pacto,
el guardián protege su paso.
Una, dos, tres gotas y no más,
todo se activará.

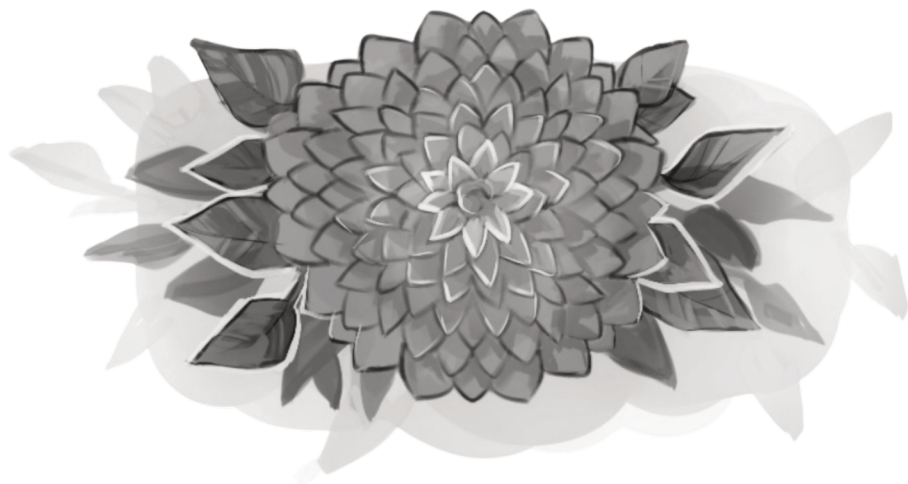
No habrá marcha atrás.
Hasta que las dalias broten...
y se desate el final.



PRIMERA PARTE



EL DESPERTAR



EL LUGAR AL QUE PERTENECES

DALIA

El chasquido seco de un autobús me hace dar un respingo y levantar la cabeza de las rodillas. No era consciente del dolor de cuello hasta este momento, en el que he cambiado de postura. Llevo abrazada a mis piernas desde hace...

Miro el reloj.

Dios santo. Tres horas. Tres horas en las que no he hecho nada más que lamentarme. Si fuera un perrito me acariciaría la cabeza para hacerme sentir mejor. Pero no soy un perro, sino una pobre desgraciada sin hogar.

¿En qué momento pensé que era buena idea darle a mi padre el dinero de mi última nómina? Debí haber sabido que se lo gastaría en las máquinas tragaperras del bar de la esquina que ha frecuentado desde que tengo uso de razón.

«¡Nunca le des dinero a tu padre, Dalia! Ese malnacido lo gastará en un santiamén, y no en nada bueno».

La voz de mi madre resuena en mis oídos, pese a que hace tiempo que no la escucho. El maldito cáncer se la llevó cuando cumplí los

diez años y durante estos últimos quince he visto cómo sus palabras cobraban cada vez más sentido. Ni siquiera mi abuela, que no dejó de repetirme lo mismo hasta que también murió el mes pasado, pudo evitar que cayera en la red de mentiras y promesas de mi padre.

Para ser sincera, no imaginé que apostaría el dinero que le di junto con nuestra casa en una partida al chinchón.

¿En serio? ¡Es que no se puede ser más imbécil! Pero es que creí que todas esas promesas de hacer las cosas bien por una vez eran verdad. Que estaba dispuesto a cambiar por mí.

Me froto la cara por no darme un bofetón. Es como si no hubiera aprendido nada de todas aquellas veces en las que mi madre lloraba en silencio —sin saber que la veía— por culpa de la incompetencia del único hombre al que se había arrimado.

Me crujen las tripas. Joder, claro que crujen. Llevo sin comer desde esta mañana y ya son las nueve de la noche. No tengo ni un euro para un refresco de la máquina expendedora.

Quiero echarme a llorar, pero no creo que eso mitigue el hambre en absoluto.

De repente, doy un brinco. Alcanzo mi mochila —el único equipaje que he podido coger con algunas pertenencias, junto con una foto de mi madre y mi abuela— y rebusco en los bolsillos interiores. ¡Ahí está! Una barrita asquerosa de multicereales blanduja que abro con rapidez. Doy las gracias a mi yo del pasado por pensar que aquello estaría bien para empezar a «comer sano», ya que mi yo del presente solo piensa en llenar el estómago.

—A lo mejor si lo pienso fuerte logro que sepa a tortitas con chocolate y nata —me digo cerrando los ojos y dando un mordisco a la barrita.

Spoiler: no, no sabe a tortita.

Mastico con cara de desagrado, pues tragarme esta cosa con sabor a madera no es muy agradable. Pese a todo, el pequeño *snack* calma un poco esa quemazón de mi barriga.

Lo siguiente es buscar un lugar en el que dormir. Aunque la estación de autobuses de la capital no es la mejor opción para ello, al menos habrá afluencia de gente y no me sentiré tan indefensa.

Me levanto y deambulo por la terminal diciéndome que es una suerte que estemos a principios de septiembre y que no haga frío, porque no llevo ninguna manta ni ropa adecuada. Tan solo unos vaqueros y una camiseta de *Las Supernenas* de manga corta. No es la mejor que tengo, pero estaba en oferta y me costó dos euros. Comprarla me hizo sentir que había un nuevo camino para mí porque podía con todo: con mis estudios, el trabajo de camarera y la casa.

Ahora dudo que vaya a poder seguir con la carrera, el contrato en el restaurante se me terminó hace dos días y me he quedado sin hogar.

Spoiler número dos: no me siento superheroína para nada.

Me dejo caer de nuevo en el suelo, esta vez en un lugar apartado para no levantar sospechas de ser una vagabunda, y lo suficientemente cerca del tránsito de personas como para que nadie se atreva a robarme. O a algo peor.

Apoyo la cabeza en la pared y cierro los ojos mientras intento pensar en una solución para todo esto. De momento, la mitad de la beca se encuentra en una cuenta corriente a la que, gracias al Cielo, mi padre no puede echar mano, dado que soy mayor de edad y está solo a mi nombre. Así que tengo asegurado medio semestre de la carrera de Historia del Arte.

Siempre he sentido una conexión mística con lo antiguo. De pequeña, mientras mamá trabajaba y mi abuela iba a sus clases de pintura, yo me paseaba por el Museo de Bellas Artes. A decir

verdad, no tenía ni idea de qué significaba lo que veía, pero el arte me ofrecía todo sin pedir nada a cambio. Además, Salvador, el guardia de seguridad, conocía a mi familia y solía darme algo de merendar en la cafetería.

Ojalá siguiera trabajando allí. Estoy segura de que me dejaría dormir en la sala privada de los empleados hasta que encontrase algo mejor y pudiera empezar de verdad a vivir sin la sombra de mi padre acechando.

Nota mental: NO. CONFÍES. NUNCA. MÁS. EN. PAPÁ.

Ni siquiera si me dice que ha cambiado y que ahora hará las cosas bien.

«Pareces nueva, tonta».

—Que sí, que sí —contesto a esa vocecita interior que no deja de atormentarme.

Un ruido al otro lado de la terminal llama mi atención.

Echo un vistazo disimuladamente y veo a una señora mayor dando golpecitos a la máquina expendedora, de la que intenta sacar una botella de agua a manotazos. El botellín se ha quedado atrapado y no ha caído hasta la apertura inferior. La mujer es menuda y no tiene la fuerza suficiente como para hacer que caiga, así que me incorporo para ir en su dirección, puesto que nadie se ofrece a echarle una mano.

—¿Necesita ayuda?

La anciana me mira sorpresiva para, un segundo después, sonreír con amplitud. Su cara es... angelical. No sé cómo explicar que una mujer tan mayor parezca tal cosa pese a las arrugas y el cabello blanco recogido en un moño alto, pero algo en su gesto calma el desasosiego que me invade cuando habla.

—Gracias, querida.

Parpadeo rápido para salir de la especie de ensoñación antes de agarrar la máquina y zarandearla suavemente. El simple

movimiento consigue que el botellín caiga frente a la mirada fascinada de la señora.

—Fantástico —murmura.

Le tiendo la botella y ella la toma entre sus manos huesudas, aferrándola contra su pecho.

—Has sido muy amable.

—Estas máquinas pueden ser un fastidio cuando dicen de no funcionar —le contesto con una sonrisa tímida.

Ella me la devuelve y sus ojos verdes se clavan en los míos durante tanto tiempo que siento que todo a mi alrededor se ha parado. Es una sensación que, lejos de darme miedo, me llena de una paz increíble. Casi parece que floto cuando su mano me toca a la altura del corazón.

—Eres un ser puro, Dalia.

Noto el tamborileo en mi caja torácica. Pum, pum. Pum, pum. ¿Cómo sabe mi nombre? Tampoco parece importante mientras vuelve a hablar.

—Esto es para ti.

Con la otra mano me entrega un papel doblado por la mitad. Como si todo tuviera sentido lo cojo y leo: «Vuelve a donde perteneces. El lugar que te espera ya recuerda tu nombre».

No sé qué tipo de cámara oculta es esta, pero cuando levanto la mirada la anciana ya no está. El sonido del trasiego de gente y autobuses regresa a mis oídos de golpe y lo único que sigue aquí es el botellín de agua sobre el suelo.

Frunzo el ceño intentando entender lo que acaba de pasar, pero mi cerebro es incapaz de procesarlo.

Releo el papel y me fijo en lo que pone a pie de página: «Santuario del Último Nombre».

Suspiro con nerviosismo. Para empezar, todo esto es una locura. Una anciana que me entrega una carta rara a cambio de una botella

de agua; que me toca y me hace sentir en el paraíso; que me mira y parece ver mi alma.

Siento un escalofrío extraño.

Joder. He debido darme un golpe tremendo en la cabeza porque esto no tiene pinta de ser muy real.

Intento convencerme de ello hasta que, al recoger el botellín del suelo, veo un billete de autobús con destino a Valdeaguas, el pueblo que vio nacer a mi abuela y a mi madre y que está a una hora de la capital.

Por inercia, giro el billete y encuentro un papelito pegado en el reverso. El corazón me da un bote cuando leo lo que pone: «Él te está esperando».

«¿Él?».

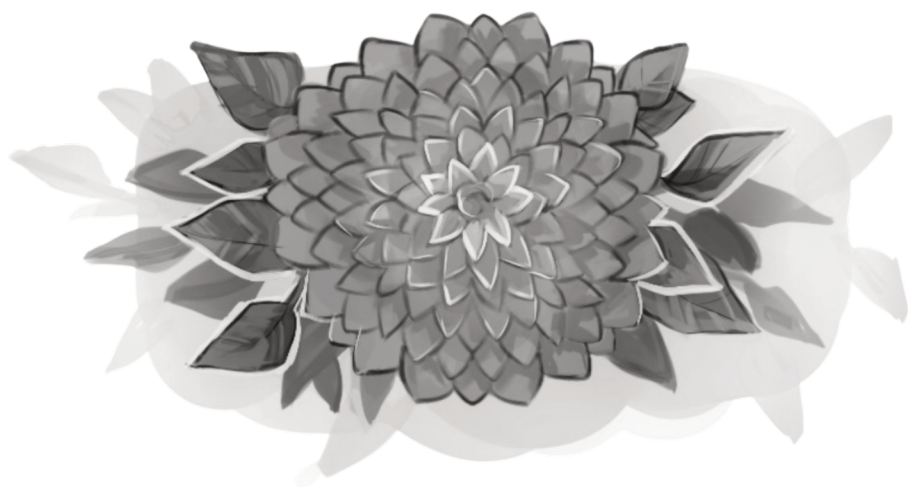
Dios mío.

No entiendo nada y, al mismo tiempo, siento algo en las entrañas: un presentimiento que crece con la sangre de mis venas navegando por mi cuerpo. Es como si de repente tomara plena conciencia de mí mientras una fuerza invisible me obliga a moverme, subirme al autobús y sentarme en la parte trasera, junto a la ventanilla.

Me abrazo a la mochila con la absoluta certeza de que esto que estoy haciendo es lo correcto, aunque no tenga ningún sentido.

Nueva nota mental: no compres más barritas multicereales. No te sientan bien.

No logro llegar a ninguna conclusión lógica, pues me duermo echa un monigote en mi asiento en cuanto abandonamos la terminal. Y es que no tengo nada que perder... porque ya lo he perdido todo, ¿no?



ESPÍRITUS GUARDIANES

DAIA

El GPS tiene que estar mal. Es la única explicación plausible ante lo que tengo delante.

El sendero pedregoso y rodeado de maleza se empina considerablemente conforme levanto la mirada, perdiéndose en algún punto que no logro vislumbrar. Sin contar el hecho de que no hay luz, salvo la que la luna llena irradia. Gracias a eso y a la linterna del móvil soy capaz de dar un paso tras otro con la seguridad justa de que no me toparé con una serpiente. O una rata. Dios mío, ¿habrá por aquí?

La mochila pesa tanto como si llevara piedras en su interior, pero, claro, subir una cuesta empinada llena de desniveles a las once de la noche pasa factura. Agotada, con sueño y sin tener muy claro qué hago aquí, rodeada de esta semioscuridad, hay algo de lo que estoy segura: no tengo miedo. Y eso que la situación es la típica que se puede escuchar en los informativos:

«Chica se adentra en un sendero olvidado de la montaña y aparece muerta con signos de violencia. La policía está investigando para esclarecer las causas del suceso...».

Suspiro, no sé si por las ocurrencias que poco o nada ayudan en este momento o porque el cansancio no me deja respirar bien.

Creo que ambas cosas.

Justo cuando ya no puedo más e impulso mi cuerpo unos centímetros adelante, aparece en la lejanía una edificación de piedra oscura, escondida de cierta forma entre árboles grandísimos cuyas hojas se ven secas y muertas.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral cuando me aproximo hacia la edificación. El aire de repente se vuelve frío y cortante, cargado de una fuerza extraña que puedo sentir con total claridad.

Algo me vigila.

Debería dar media vuelta y volver al pueblo para buscar un lugar en el que pasar la noche y olvidarme de esto, pero algo dentro de mí grita que ni se me ocurra, que estoy donde debo estar.

Es evidente que el lado racional de mi cerebro se esfuerza en seguir presente pese a la locura que esto supone, porque... ¿quién en su sano juicio iría a un punto olvidado de la sierra para llegar a un santuario que ni el GPS tiene claro dónde está?

«Tú, pedazo de estúpida».

La ermita es pequeña, una mezcla entre ruina y refugio sagrado, lo que me provoca una impresión contradictoria: parece un lugar abandonado por los hombres a simple vista, aunque no por el tiempo. Como si una magia espectral lograra mantener la sencilla edificación y lo que la rodea en perfecto estado.

Aquí no hay farolas ni resplandor cercano, salvo el de la luna, el cual es suficiente como para distinguir con claridad lo que tengo delante.

El santuario está cubierto de musgo y enredaderas secas. El tejado ha vivido tiempos mejores, pues parece estar a punto de venirse abajo por el lado derecho. Aunque ahí sigue, testarudo, agarrándose a lo poco que le queda.

Me siento un poco como él, incapaz de abandonar pese a que todo a mi alrededor se desmorona.

La puerta de madera es gruesa, deslucida y con varias vetas abiertas, llenas de grietas. Mi primer instinto es acercarme, pero algo me dice que espere, que debo ser invitada, aunque en mi interior un nuevo grito desesperado me repite que yo pertenezco a aquí.

Una suave brisa me mueve los mechones de pelo y el olor a romero, humedad y leña mojada se me mete en las fosas nasales. O tal vez es incienso lo que huelo. Un incienso penetrante que me resulta familiar. Un aroma que me impulsa a recordar, pese a ser la primera vez que lo percibo.

Mi mente insiste en que debería estar asustada, pero no logro convencer a mi corazón, que palpita a una velocidad normal sin ningún tipo de alteración.

Doy un paso y, entonces, lo veo.

Un chico más joven que yo me observa apoyado en la pared exterior de la ermita. Sus ojos azules me recorren desde los pies a la cabeza con una templanza absoluta, como si hubiera decidido que mi presencia no es una amenaza. A pesar de su apariencia juvenil, se nota que en ellos navega una sabiduría que solo te ofrece el paso de los años.

Es absolutamente... hermoso. Su larga melena rubia, perfecta para un anuncio de Pantene, enmarca una cara difícil de replicar en

el mundo terrenal. Lleva una camisa blanca sencilla remangada hasta los codos y unos pantalones color caqui.

Cuando da unos cuantos pasos en mi dirección me doy cuenta de que está descalzo. Pienso en lo incómodo que debe ser caminar sin zapatos por esta tierra llena de piedras, pero él no parece inmutarse. Y es que, más que desplazarse, flota en cada movimiento.

Llega hasta mí con una gracilidad pasmosa y me encojo un poco por inercia, no solo porque no sé cuál será su próximo movimiento —quién sabe si detrás de esa cara de ángel se esconde un asesino en serie—, sino porque es altísimo, lo que hace que tenga que levantar tanto la cabeza que creo que voy a sufrir torticollis de aquí a un segundo.

Se para a pocos centímetros de mi cara y yo aguanto la respiración.

Trago saliva y aprieto los puños con el pulgar por dentro, tal como me decía mi padre. Es bastante increíble que ese señor llegase a enseñarme algo, pero siempre estuvo obsesionado con que supiera defenderme. Supongo que ser consciente de que eres un mierda te da la sabiduría necesaria para entender que no se es el único en el mundo, así que no perdió la oportunidad de dejarme claro cómo asestar un buen puñetazo.

—Para dar una hostia como Dios manda hay que tener técnica, Dalita —recuerdo que me decía—. Alinea el puño con el antebrazo y cuando vayas a golpear gira la muñeca como si fueras a enroscar un tornillo. Lo más común en las películas es apuntar a la cara, aunque si quieres dejar sin aliento a tu atacante ve directa al esternón y la parte del ombligo. La nariz también es un buen punto para zurrar. Recuérdalo.

Me pongo en posición por si acaso, y entonces la sonrisa que me dedica de *top model* me deja tan noqueada como si hubiera sido él quien me golpeará.

—Por fin has llegado.

Su voz es... Dios mío. Algo en ella me llena de paz. Como cuando estuve antes con la anciana en la estación de autobuses. Noto el cuerpo liviano, laxo, como si fuera a desmayarme de un momento a otro.

De repente, ya no estamos en el exterior. En un parpadeo hemos llegado dentro, concretamente, al pequeño altar de la ermita, y, aunque siento náuseas, logro controlar el mareo y estabilizarme.

¿Qué ha sido eso?

Está claro que estoy cansada y necesito dormir porque empiezo a pensar que todo esto es un sueño y sigo tirada en la estación, incapaz de procesar tantos acontecimientos extraños.

Pero no estoy allí. De lo contrario, no sentiría tan real el apretón suave de la mano del chico contra la mía.

—Te hemos estado esperando.

Lo miro embelesada.

—¿A... A mí?

Vuelve a sonreír y juro que algo en él resplandece.

«Debe de ser la luna», pienso. Aunque aquí la luz no penetra lo suficiente. De hecho, la única luz es la de las pocas velas encendidas que tenemos a nuestra derecha.

—Dale espacio, Calian —escucho tras él—. Ya está bastante impactada como para que la atosigues.

Una chica tan joven como él aparece vestida con un sencillo vestido color blanco.

Si Calian es hermoso, ella es espectacular. Tiene un cuerpo escultural y una cara y un pelo que ya querrían las modelos de Women Secret. La tentación de acariciar uno de sus mechones

rubios es casi incontrolable cuando, sin previo aviso, me abraza con un cariño inesperado.

—Por fin —susurra.

—¿Tú sí puedes toquetearla y yo no? —pregunta malhumorado Calian.

La chica lo mira de soslayo, haciendo aspavientos con la mano para restarle importancia.

En un abrir y cerrar de ojos están discutiendo y luchando por mi atención, pero entre ellos hay algo más intenso y crispado. Sobre todo, cuando Calian la aparta de mí de un empujón y me besa la mano con una reverencia. Marian da un respingo y sus labios se aprietan de una forma que parece más humana que todo lo demás.

Para cuando Calian termina su galante acto se cruza de brazos, feliz por haber chinchado de alguna forma a su compañera.

—El besucón es Calian —anuncia ella con expresión furibunda.

—Y la pegajosa es Marian —replica él con retintín.

Mientras el par de modelos de pasarela siguen con sus protestas infantiles y poco sutiles, noto que la temperatura baja de golpe unos cuantos grados más, lo suficiente como para provocarme un escalofrío. Por inercia, ladeo la cabeza hacia la puerta, pero está cerrada. No es aire del exterior. No. Y ojalá hubiera encontrado otra razón más plausible para este frío momentáneo, ya que el par de ojos rojos que me contemplan desde lo alto de una viga de madera me hacen dar un respingo y agarrar con fuerza el brazo de Marian, como si ella, con su cuerpo delgado y menudo, pudiera defenderme de lo que sea que me observa.

—Debe ser una broma.

La voz de ese ser envuelve el espacio y termina por acallar las de mis acompañantes, que elevan las cabezas hacia lo alto con una tranquilidad que yo, definitivamente, ya no siento.

—Regocíjate, Gael. Por fin tenemos a...

—Ni lo digas.

De un salto imposible para una persona, salvo que seas un experto en *parkour*, el ser de ojos brillantes, encendidos en fuego, cae a pocos metros de donde estamos.

Su presencia llena el espacio, el suyo y el de los demás, como si pudiera invadirlo con apenas existir, haciendo que el mundo se reacomode al entrar en escena. Y no es solo su rostro afilado y perfecto —«¿Qué comerán en este santuario para ser tan odiosamente bellos?», me pregunto—, es esa energía que desprende en cada movimiento, por pequeño que sea.

Su cabello es de un tono plateado tan irreal que asusta, corto hasta casi la parte baja del cuello y brillantísimo, igual que si fuera metal fundido por la luz de la luna. Le cae por la frente, desordenado y libre, dándole un aspecto más fiero del que ya tiene, escondiendo parcialmente ese par de ojos de fuego que me estudian con fiereza y juicio desmedido.

Viste de negro, como si la oscuridad hubiera calado de lleno en él. Su postura tensa me transmite lo que no dicen sus labios: no me quiere aquí. Lo siento en las entrañas.

Me mira con desdén, torciendo el gesto con evidente desagrado.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

La pregunta suena exigente cuando el eco de su voz vibra en mis tímpanos.

—Y-yo... Esto...

Bufa con desesperación sin darme oportunidad a replicar.

—Genial, nos ha tocado una a la que le faltan unos cuantos hervores.

Doy otro respingo ante el insulto gratuito.

—¡Oye!

La voz me sale más chillona de lo que pretendía y él clava los ojos en los míos, retándome a responderle.

—Gael, déjalo ya —lo amonesta Calian—. No puedes ir en contra de esto, y lo sabes.

—Me niego a servir a una simple mortal que no tiene ni idea de la carga que se le ha impuesto.

—Lleva la marca de Kalea, Gael. Es inevitable —replica Marian tocándome a la altura del pecho.

Él descansa la mirada en ese punto antes de acercarse unos centímetros más a mí. Cuando casi pega la nariz a la mía, juro que sus ojos titilan igual que una llama ardiente y, de entre sus mechones plateados, un par de cuernos negros como el tizón hacen acto de presencia.

—No es suficiente para mí —gruñe.

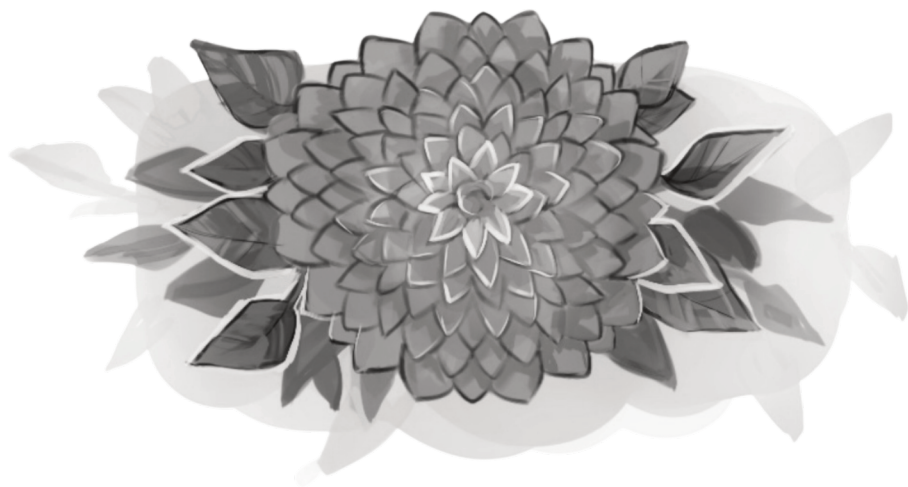
Me tiemblan las piernas y la respiración se me acelera. Este hombre es algo oscuro, antinatural.

«Demonio», pienso.

Pero los demonios no existen. ¿Verdad? No. Tampoco los seres perfectos como Calian y Marian, aunque no tengo mucho tiempo de analizar lo que me rodea, pues una neblina envuelve mi mente y me obliga a cerrar los ojos mientras que sus brazos fuertes me sostienen para evitar que caiga al suelo.

Lo último que veo es el fuego reflejado en su mirada más cerca de lo que ha estado hasta ahora. Y huelo el romero.

Sí. El olor a romero intenso lo envuelve todo.



OLOR A ROMERO

Gael

Algo en el ambiente cambia cuando veo cómo la mujer —Dalia— empieza a trastornarse. Los humanos son tan débiles que me da hasta pereza seguir con este teatrillo, sin embargo, lejos de dejar que se estampe de lleno contra la losa desgastada del altar, la sujeto. No porque lo piense ni porque quiera. Yo solo... actúo. Es inercia y nada más. Pero entonces mis brazos la sostienen y noto lo ligero que resulta su cuerpo mientras sigue temblando incluso en la semiinconsciencia.

Y está claro que no es por el frío. La primavera es fresca, sobre todo, en medio de la nada en la montaña, aunque no tanto como para tiritar. Tiembla de terror. Lo que es lógico, supongo: no es habitual encontrarse con demonios y espíritus en su mundo, o al menos no parece la típica que dice verlos.

¿Qué habrá visto Kalea en ella? En un ser mundano y simple, sin la suficiente fuerza como para lograr afrontar lo que se le ha encomendado.

Sus pestañas vibran un instante antes de cerrarse del todo. Me mira, o lo intenta, con un reconocimiento del que creo que ni ella misma es consciente.

No, dudo que sea capaz de entender cómo su cuerpo, pese al miedo, me ha reconocido como lo que debería ser: su protector.

Porque, por mucho que me joda admitirlo, Calian tiene razón: no puedo luchar contra esto por más que me disguste.

—¿Gael? —Marian se acerca con cautela.

—Está bien. Solo se ha desmayado —contesto, sin dejar de mirar a la mujer.

—Ha sido demasiado.

Chirrí los dientes e intento morderme la lengua, pues la sutil reprimenda de Calian me la he ganado con creces.

Intento ignorar los comentarios de este par de espectros sabelotodo mientras dejo a Dalia sobre el primer banco de piedra junto al altar. El mismo donde antes no había nada y en el que ella parece encajar, como si el lugar hubiera estado esperándola.

«No me gusta esto ni cómo ella me descoloca», pienso.

—La has asustado.

—No ha sido intencionado.

Bueno, quizá un poquito sí, pero eso me lo guardo.

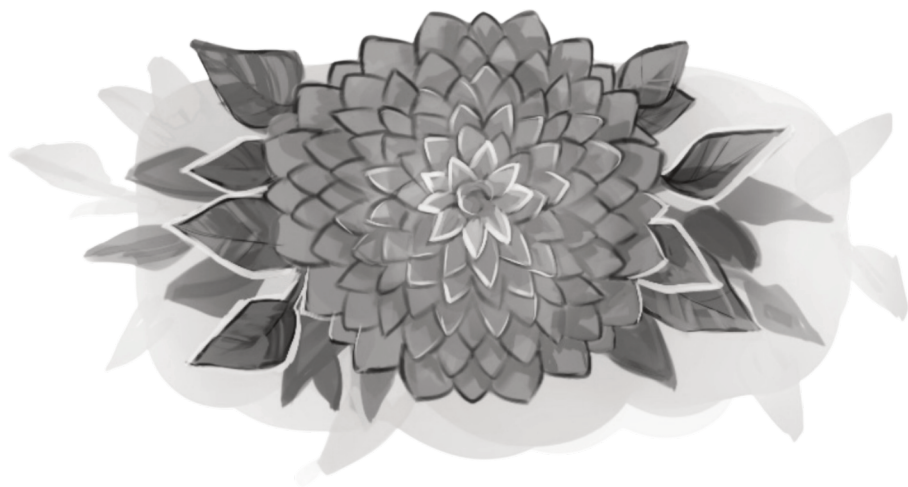
Ambos lanzan un sonido de disconformidad que vuelvo a ignorar.

Mi atención sigue en Dalia. En su rostro pálido y sereno, que incluso inconsciente parece seguir escuchando, como si el santuario le hablase directamente.

Y cómo me jode, porque ella no pertenece a este mundo. No debería estar aquí. Tampoco debería afectarme como lo hace, maldita sea, y, sin embargo, no puedo moverme. El olor del romero es muy intenso. Fuerte. Persistente.

«No pienso aceptarla», me digo; pero, por algún motivo insospechado, espero paciente a que despierte muy cerca de ella.

Quizá *demasiado* cerca.



EL PACTO DIVINO

DAIA

Cuando abro los ojos, tardo un segundo en recordar: la anciana, el santuario, Calian, Marian... *Él*.

Gael.

Lo primero que pienso al incorporarme y mirar en derredor es que él no está. Y no tiene sentido, pero pese al terror siento un vacío ante su ausencia que me impulsa a buscarlo.

Miro al techo en dirección a la viga desde donde antes me estaba observando para descubrir que allí no hay nadie. Se ha esfumado, llevándose parte de la vida que se respiraba en este lugar.

¿Cómo es posible que sepa eso?

—Se ha ido al Otro Lado.

La voz de Marian me sobresalta. Lo dice en un tono compasivo, dando la impresión de que puede sentir la inexplicable decepción que me palpita en el estómago.

—No me importa dónde esté —espeto poniéndome de pie y echando a andar hacia la salida.

—Sí que te importa, mi señora.

«¿Mi señora?». Ignoro lo raro que suena que me llame así, como si yo fuera alguien tan importante como para tildarme de tal cosa.

Está claro que este lugar, por muy mío que lo sienta, no lo es. Si Gael no me quiere aquí no pienso suplicar, y menos a un ser que podría chupar mi alma y doblegarme a su antojo. Porque eso es lo que hacen los demonios, ¿no?

El miedo se va evaporando y un enfado descomunal empieza a hacer acto de presencia. Soy una bomba de relojería, lo admito, y si lo volviera a ver lo increparía por lo desagradable y descortés que ha sido conmigo sin ningún motivo. Yo solo quería un lugar en el que guarecerme y él se ha dedicado a asustarme.

—¡Era totalmente innecesario! —grito a la nada, aunque sé que, de alguna forma, puede escucharme.

«No es suficiente para mí», sus palabras vuelven a mi mente igual que un puñal. Me ha hecho sentir pequeña e inservible y, aunque no esperaba una reverencia como la de Calian ni el abrazo de Marian, tampoco ese hielo en la mirada llena de desagrado. Y, maldita sea, me duele. Más de lo que debería.

Freno de golpe y me aprieto las sienes, confundida.

—Pero ¿qué es lo que me pasa? —susurro.

Esto no tiene ni pies ni cabeza. ¿Cómo se me ha ocurrido venir hasta aquí? Ni toda la fuerza sobrenatural del mundo puede explicar lo patética que soy por pensar que sería bien recibida.

Cierto es que no imaginaba que tendría una compañía tan... inquietante, pero he de admitir que me da más pavor la soledad que me rodea en este instante que el hecho de haber creído que ese tipo era un demonio.

El aire nocturno es más fresco y cortante que antes. Sigo caminando por el sendero pedregoso sin mirar atrás ni una vez,

porque sé que si lo hago habrá dos pares de ojos suplicándome que dé media vuelta.

Maldigo para mis adentros. No sé cómo sigo teniendo estos presentimientos tan palpables, pero no puedo evitarlos. Y, sí, sé a ciencia cierta que Marian y Calian están allí plantados, muy atentos a cada uno de mis pasos mientras me alejo encabritada.

Me obligo a no pensar, dejo la mente en blanco y me concentro en volver al pueblo como sea. Saldré de esta y regresaré a la capital en cuanto tenga cómo pagar el billete de vuelta.

«No pasa nada, todo saldrá bien», me digo sin ningún tipo de convencimiento.

Doy un nuevo paso y, de repente, el camino se acorta. El sendero desaparece y en su lugar un barranco enorme se presenta ante mí, haciéndome trastabillar. Tengo la inercia de agarrarme a la rama de un árbol cercano para evitar caer a la nada más absoluta.

Es totalmente ilógico que haya un precipicio de semejante magnitud a esta altura de la montaña, aunque, visto lo visto, puedo esperar cualquier cosa. Parece una boca gigante que pretende engullirme y llevarme al infierno.

Lanzo un grito desesperado al tiempo que intento subirme a la rama, sin conseguirlo.

—¡Mi señora! —El chillido de Marian delata un pánico que me encoge—. ¡Dame la mano!

Intento aferrarme a su mano, pero no llego. No puedo. Voy a morir. Y nadie sabrá nunca lo que ha sido de mí. Seré una de esas desaparecidas a las que se las tragó la tierra —literalmente, vaya— y harán pódcast sobre mí para crear contenido para los oyentes más gore.

Marian me observa aterrorizada, sus preciosos ojos verdes relucen por unas lágrimas que aún no han soltado.

—¡No te acerques! —le pide Calian sosteniéndola de la cintura—. ¡La oscuridad puede engullirte!

—¡Tenemos que ayudarla!

Las facciones angelicales de Calian se oscurecen y dejan de parecer los de un muchacho de diecinueve años. En su rostro solo hay lugar para el enfado y la frustración.

—¡Maldito seas, Gael! ¿Dónde diantres estás?

La mano me tiembla y empieza a dolerme el brazo que aguanta mi cuerpo. No voy a resistir mucho más y soy incapaz de subir el otro brazo por el entumecimiento. Entonces, de repente, el olor a romero invade mis fosas nasales de una forma tan bestia que es como si hubiera esnifado la especia directamente.

—¿Se puede saber qué hacéis?

Gael nos habla con una tranquilidad pasmosa subido a la misma rama de la que me sujeto. Tengo la tentación de gritarle que se baje, pues siento que entre mi peso y el suyo acabará quebrándose, pero no me quedan fuerzas ni para eso.

—¡Ayúdala! —le ordena Calian.

Gael le lanza una mirada afilada.

—Tú no me das órdenes, espectro.

—¡Déjate de idioteces, Gael! ¡Esto es serio!

Pese a que Marian intenta parecer dura, su tono de voz tiene un punto desasegado que evidencia lo nerviosa que la pone esta situación.

—¡Debéis sellar el pacto! —espetea el chico sin achantarse.

La rama cede un poco justo en la mitad que me sostiene y vuelvo a lanzar un grito ahogado que provoca que los tres me miren.

—No pienso sellar nada. No la voy a aceptar. Es... ¡Por todos los demonios! ¡Mírala! Es insignificante.

Que hable así de mí sin conocerme, sin saber de lo que soy capaz, me indigna y logra que la adrenalina se me dispare. Logro subir el

otro brazo e inmediatamente siento alivio en el que me sostenía, lo que me ayuda a espetarle de mala manera:

—¡Eres un desgraciado! ¡No tienes corazón!

Gael se gira con lentitud hacia mí y me dedica una maléfica y preciosa sonrisa que me hace abrir los ojos de par en par. O quizá son esos malditos cuernos que, de nuevo, han hecho acto de presencia. Y sus alas. Oh, por el amor de Dios, ¡tiene alas! Dos mantos negros que extiende con orgullo y majestuosidad.

—No te haces una idea —gruñe con divertimento mientras la rama sigue cediendo.

—¡Oblígalo, Dalia! —grita Calian.

La cara de Gael se descompone lanzando su furia hacia él.

—¡No te atrevas!

—Solo di: «Gael, te obligo a ser mi guardián» y tendrá que hacer lo que tú le digas —añade Marian—. Y, después, debes besarle.

El respingo que doy provoca que la rama se quiebre otro tanto. ¿Besarle? ¡Pues sí, hombre! ¡Lo que me faltaba!

«De lo contrario vas a morir, idiota».

—¡Seréis hijos de...!

No le doy tiempo a terminar. Reúno todas las fuerzas que me quedan para impulsarme hacia él y lo obligo a caerse de la rama en el mismo instante en que mis brazos dejan de tener un punto de apoyo. Y entonces, aunque no tenga ningún sentido, mientras siento cómo caemos a un vacío infinito, agarro su camiseta, lo atraigo hacia mí y digo muy bajito:

—Gael, te obligo a ser mi guardián.

Y lo beso. Muy a su pesar.

Y al mío.

Si te ha gustado
consigue tu ejemplar en:

www.irenecuevasescritora.com

¡DISPONIBLE EL
28 DE SEPTIEMBRE!